

Terentius Tunberg, *De rationibus quibus homines docti artem Latine colloquendi et ex tempore dicendi saeculis XVI et XVII coluerunt*; Supplementa Humanistica Lovaniensia XXXI. Leuven University Press, 2012, 135 pp.

El autor explica en el capítulo preliminar (pp. 11-17) que quiere documentar cómo hablaron en latín los hombres cultos de Europa durante los siglos XVI y XVII, no solo en público y de forma oficial sobre asuntos académicos, religiosos y científicos, sino sobre todo en privado sobre temas cotidianos; pues además de la lengua internacional de la cultura y el saber, el latín fue la segunda lengua común a todos ellos. Ofrecerá además testimonios que dan fe del prestigio que confería entonces el dominio oral de un latín elegante según el modelo de los autores antiguos, aunque hoy día puede parecer absurdo y anacrónico que se siguiera hablando y perfeccionando un idioma que había dejado de ser una lengua vernácula casi mil años antes. El interés del tema se justifica porque sabemos que, al igual que de forma escrita, el latín coloquial alcanzó en esa época un nivel de corrección respecto a la norma clásica muy superior al que había tenido durante toda la Edad Media, así como una difusión, utilidad y reputación que nunca más volvería a tener.

Los capítulos centrales están dedicados al empleo oral del latín renacentista en el ámbito académico (pp. 19-38), a los numerosos diálogos sobre asuntos cotidianos compuestos e impresos durante esos siglos para su aprendizaje (pp. 39-46), a la distinta actitud de los ciceronianos hacia esta práctica (pp. 47-68), a la pronunciación (pp. 69-77), y a la utilidad de hablar en latín (pp. 79-89). Sigue otro capítulo sobre el declive de la lengua latina en los siglos XVIII-XX (pp. 91-96), un breve glosario de palabras y expresiones relativas al empleo coloquial del latín (pp. 97-103), y un epílogo sobre las diversas opiniones de algunos humanistas acerca de los límites cronológicos de la literatura latina (pp. 105-115). Cierran el volumen la bibliografía (pp. 117-129), donde los nombres de las ciudades de impresión aparecen oportunamente en latín, y un índice selecto de antropónimos citados (pp. 131-135).

Escribiendo en latín su tratado, el profesor Tunberg nos ofrece una prueba ilustrativa de la utilidad de esta lengua como vehículo válido de comunicación escrita aún en nuestro tiempo, al menos entre latinistas. Y quienes hemos tenido la ocasión de conversar con él en latín en más de una ocasión, podemos dar fe de que él mismo es un testimonio vivo de lo que ha sido hablar latín siguiendo la norma clásica, tal como hicieron los mejores profesores de esta lengua en el Renacimiento; al igual que estos, también en sus clases explica la lengua y la literatura latinas en latín; y además es autor de diversas publicaciones sobre el latín renacentista y para adquirir el dominio activo de la lengua latina. Gracias a estas facultades y experiencias, está en condiciones de tratar sobre el latín hablado de los humanistas con la autoridad, sensibilidad y agudeza que, como en cualquier otro ámbito, únicamente otorga la práctica en aquello de lo que se escribe.

Estudia primeramente el latín como lengua cotidiana del ámbito escolar y universitario, observando que esta fue una práctica habitual sobre todo en Europa Central y más tarde entre los jesuitas, mientras que en Italia, Francia y España encontró mayor resistencia por parte de alumnos y profesores, sin que por ello el latín dejara de tener en estos países la consideración de lengua propia de la comunicación científica. Analiza algunas de las metodologías docentes seguidas en las aulas para poder adquirir la competencia oral necesaria en esta lengua extranjera común a todos, como las de Ioannes Posselius, Caelius Secundus Curio, Ioannes Sturm, Alamannus Rinuccini,

Bartolomaeus Riccius, Iacobus Vimpfelingius, Philippus Melanchthon, Maturinus Corderius y Antonius Van Torre. Pues para poder hablar latín según la norma de Época Clásica, era preciso un método eficaz que permitiera suplir las dificultades derivadas de la falta de hablantes nativos, de la escasez de profesores competentes, y de la consiguiente necesidad de recurrir a la autoridad de textos escritos unos quince siglos antes por autores que no recogían todos los términos necesarios para referirse a la realidad cotidiana de Época Moderna, y que emplearon estilos y niveles de lengua muy diversos.

De los diálogos latinos sobre asuntos cotidianos, un género didáctico que alcanzó una inusitada difusión impresa en esta época, señala que fueron compuestos siguiendo la norma lingüística y expresiones de los autores clásicos más prestigiosos, pero siempre sobre asuntos contemporáneos y relativos a los diversos ámbitos en los que hablar latín de forma espontánea seguía siendo útil, oportuno y necesario. Pues el propósito principal de los autores de estos diálogos era que sirvieran a los alumnos para aprender mediante la práctica en clase a hablar latín con la mayor corrección, fluidez y elocuencia posibles, al tiempo que les inculcaban buenas costumbres. Tunberg ilustra su exposición con abundantes citas y fragmentos de coloquios de Desiderius Erasmus, Ludovicus Vives, Hermannus Schottenius, Ioannes Morisotus, Nicolaus Beraldus, Petrus Mosellanus, Iacobus Pontanus, y otros maestros y pedagogos.

Aborda a continuación la polémica del ciceronianismo en cuanto concierne al uso del latín coloquial. Trata por un lado de los escritores en prosa más radicales y mejor conocidos, como Petrus Bembus, Christophorus Longolius y Paulus Manutius, quienes evitaban emplear palabras y expresiones que no estuvieran documentadas en los textos de Cicerón, y que en su mayor parte renunciaban a hablar en latín sobre asuntos cotidianos, llegando incluso a considerar esta práctica perjudicial para el estilo de sus escritos. Por el contrario, otros humanistas decididamente partidarios de hablar latín en cualquier circunstancia, como Laurentius Valla y Erasmus, aceptaron a muchos autores de distintas épocas como modelos dignos de proporcionar palabras y expresiones válidas, e incluso hubo quienes prefirieron imitar preferentemente la prosa de Apuleyo, de Salustio o de Tácito. Entre los ciceronianos también incluye Tunberg a quienes como Stephanus Doletus, Melanchthon, Ioannes Sturmius, Marcus Antonius Muretus, Posselius y los jesuitas en general, reconocían al Arpinate como el principal modelo a imitar siempre que fuera posible, aunque admitiendo términos que no aparecían en sus obras pero sí en otras de la misma época o muy próxima, y otros igualmente necesarios que se habían incorporado a la lengua latina a medida que lo fueron exigiendo las nuevas circunstancias históricas; pues solo así era posible la comunicación oral y escrita en latín que exigían los tiempos, sin renunciar por ello al lustre de un estilo marcadamente ciceroniano. De esta forma rechaza Tunberg que el ciceronianismo estuviera necesariamente reñido con la práctica del latín hablado.

A continuación explica algunas razones y circunstancias por las que las diferencias en la pronunciación del latín entre los hablantes de lenguas vernáculas distintas no fueron un obstáculo insalvable para la comunicación internacional: las coincidencias en una misma pronunciación viciada, la facilidad para adaptarse rápidamente a las particularidades propias de un país de acogida, y la adopción de las normas eclesiástica o italiana conocidas por todos. Menciona además varios tratados renacentistas sobre la pronunciación clásica del latín (todos ellos posteriores al de Antonius Nebrissensis que omite), y refiere diversas anécdotas y testimonios sobre las dificultades para comprender el latín hablado por los franceses, y sobre la degeneración de la pronunciación del latín por parte de los ingleses durante el siglo XVI.

En el siguiente capítulo destaca la utilidad del latín como principal lengua internacional en la Europa de esos siglos, y la admiración que provocaban en la sociedad de entonces quienes lo hablaban con fluidez y corrección ya fuera en el ámbito académico, eclesiástico, científico, cultural o privado. Como en todo el libro, apoya oportunamente su argumentación con abundantes citas y con hechos significativos, como que Erasmo durante su estancia en Inglaterra solo hablara en latín, sin tener que esforzarse por aprender inglés.

De forma más superficial da cuenta del declive experimentado en el empleo del latín coloquial desde el siglo XVIII, lo que achaca ante todo al auge de los nacionalismos, y al desarrollo de las lenguas vernáculas y su progresiva irrupción en los ámbitos que habían sido propios del latín. Puntualiza sin embargo que siempre siguió habiendo, también en el Nuevo Mundo, quienes preservaron desde el Renacimiento la práctica del latín hablado en el ámbito culto y académico, así como en el seno de la Iglesia Católica al menos hasta hace medio siglo. Ejemplifica su narración con algunas obras y personajes principalmente del ámbito germánico y anglosajón, si bien concluye con el libro del español Iosephus Mir *Nova verba latina* editado en 1970, con el congreso de Avignon de 1956, y con el auge que la práctica del latín hablado ha experimentado en numerosos países durante estas últimas décadas.

En el último capítulo numerado recoge dos docenas de términos empleados comúnmente desde la Antigüedad para referirse a distintas formas de hablar latín (*barbarus, colloquium, copiosus, expedite, explanatus, extemporalis, fabulor, facilitas, fluens, garrio, intersisto, labor, occurso, offenso, paratus...*), ilustrando con citas de autores antiguos y modernos su significado genérico y las acepciones que adquirieron algunos de ellos en el Renacimiento. Es de notar que la lista no siempre sigue de forma estricta el orden alfabético: *Barbarus, barbaries, colloquium, collocutio, [...]* *extemporalis, expedite* (pp. 97-99); y que la expresión *pro re nata* es ejemplificada con una cita de Quintiliano que trae la preposición *ex* en lugar de *pro* (pp. 99 y 102).

El epílogo recoge una serie de testimonios interesantes que muestran cómo muchos humanistas, aunque no ignoraban que el latín que empleaban en sus escritos había dejado de ser una lengua vernácula desde el siglo VI aproximadamente, consideraban sin embargo que la literatura latina seguía creciendo y rivalizando en calidad con la de los antiguos de Época Imperial gracias a las obras de autores como Hermolaus Barbarus, Picus Mirandulanus, Angelus Politianus, Iovianus Pontanus, Antonius Sabellicus, Erasmus Roterodamus, Baptista Mantuanus y otros. Algunos proponían incluso a los modernos como modelos de imitación preferibles a los antiguos debido a la actualidad e interés de los temas tratados por unos y otros, lo que explica que los autores contemporáneos fueran estudiados en clase junto a los clásicos. Por el contrario, otros estudiosos como Antonius Schorus no consideraban *auctores*, sino *grammatici* o *critici*, a quienes como él mismo escribieron en latín después de la caída del Imperio Romano.

Las notas son numerosas y extensas, pues además de las oportunas referencias bibliográficas, incluyen observaciones y datos de interés, que en algunos casos merecían haberse incorporado al texto principal. Así, como una posible causa por la que los italianos fueron en general menos proclives a hablar latín que los humanistas transalpinos o germanos, señala Tunberg en una nota el hecho de que la similitud entre el italiano y el latín facilitaba la irrupción de italianismos al hablar latín (p. 58, n. 39). Esto valdría igualmente para el castellano, aunque debido a la expansión de esta lengua por la Península Ibérica y por las vastas posesiones de sus reyes, habría que tener en cuenta además que sus hablantes tenían más raramente la ocasión de practicar el latín con quienes no hablaban su lengua.

Admite el autor al comienzo de su obra que se ha centrado en Italia, Francia, Alemania, Países Bajos y –sobre todo– Inglaterra, marginando lamentablemente otras regiones europeas como la Península Ibérica, Escandinavia, Polonia y Europa Oriental (p. 19). En el caso particular de España que conocemos mejor, además de los dos trabajos de Maestre sobre el Brocense que cita y discute, unos pocos libros bien conocidos le habrían bastado para encontrar abundante e interesante información: Eugenio Asensio y Juan Alcina, *“Paraenesis ad litteras”*. *Juan Maldonado y el Humanismo español en tiempos de Carlos V*, Madrid, 1980; Luis Gil, *Panorama social del humanismo español (1500-1800)*, Madrid, 1981 y 1997; Avelina Carrera de la Red, *El “problema de la lengua” en el Humanismo Renacentista Español*, Valladolid, 1988; Juan María Núñez González, *El ciceronianismo en España*, Valladolid, 1993, etc. En ellos figuran numerosas citas latinas de Alfonso García Matamoros, del maestro Barrientos, de Sebastián Fox Morcillo, del jesuita Juan de Mariana y de otros autores, que habrían contribuido a ilustrar mejor y de forma más amplia esta obra.

El libro está pulcramente editado, y ha sido sometido a una revisión concienzuda que hace muy difícil señalar alguna objeción de tipo formal más relevante que estas: una línea comienza con las comillas de cierre de una cita y la referencia a la nota a pie de página: ”¹¹ *Etsi* (p. 107); el plural de siglos aparece abreviado en algún caso como *saec.* (pp. 19, 53), y generalmente como *saec.* (16n, 30n, 47n, 69, 70, 85 etc.); el sintagma *ab grammaticis* (p. 111) rompe la norma de emplear la preposición *a* ante palabra comenzada por consonante, y la variante *ab* cuando comienza por vocal; y algunos cortes de palabra en final de línea no siguen las normas de respetar la división silábica o de no separar dos vocales: *eti-am* y *homin-ibus* (p. 83), *mai-oribus* (p. 92), *locuti-onem* (p. 95), *assev-erant* (p. 106), *Micha-elem* (p. 128)...

Joaquín Pascual Barea
(Universidad de Cádiz)

Preprint = *Neulateinisches Jahrbuch*, 15 (2013), 296-300.